

Grassa Toro

HOMBRES CONTADOS

ONCE

UNO. Un hombre encuentra una casa mientras camina, entra en ella, se sienta ante el fuego encendido, y tiene miedo. En la casa hay un niño que es él mismo, el niño le promete que dejará de ser niño. El hombre no vuelve a salir nunca más de la casa. Con el tiempo, él es un anciano y el niño es el hombre cuando llegó a la casa. Mueren los dos el mismo día, a la misma hora, en habitaciones distintas. Ninguno de los dos sabe quién ha muerto.

DOS. El juez levantó un cadáver. Volvió a los veinte años y levantó el otro. El padre del juez fue el inventor de los calendarios de bolsillo. Un tipo gordo, con mucha memoria.

QUINCE

UNO. Un hombre no sabe cuándo la muerte pondrá fin a sus días, teme que le sorprenda después de una nevada y no pueda reconocerla. No quiere morir con la piel mojada y los ojos doloridos por el resplandor de la nieve. Un amigo suyo le regala un mapa y le señala con el dedo manchado de carbón un lugar donde nunca nie-

va. El hombre pliega el mapa, lo sujeta con una cuerda sobre el pecho, encima del corazón, y le dice a su amigo que ya no sabe qué es el miedo.

DOS. No tuve valor para pedirle que me devolviera el mapa. Había pensado irme lejos. Sin mapa, era imposible. Pasé mucho frío. Dolor.

VEINTE

UNO. Un hombre no se mueve. No habla. No mira ni a un lado ni a otro. No come. No duerme. Por el día tampoco duerme. No olvida. No escucha. No coge nada. No recuerda. No piensa irse. No hace fotos. No tiene firma. No desconcierta. No salpica. No causa estragos. No llama la atención. No pasa calor. No teme nada. No entiende. No está muerto. Ocupa un lugar muy pequeño, no muy lejos de la estación.

DOS. El presidente me envió a cortar le los pies; lo hice. Cayó firme sobre los tobillos y nada cambió. Luego, me mandó cortar le las piernas; me costó algo más, no me gusta volver sobre el pasado; pero lo hice. La sacudida incrustó las caderas en el hueco abandonado por los tobillos y nada cambió. Cuando el presidente lo supo, me

ordenó que excavara el lugar que ocupaba, hasta que sólo tuviera el vacío donde apoyarse. Era imposible, no lo hice. No sé qué es el vacío.

En lugar de obedecer, lo cubrí con ramas de olivo y dije en la empresa que había plantado un árbol en recuerdo de la victoria. El presidente me regaló aquella parcela de tierra.

VEINTITRÉS

UNO. Un hombre abandona una aguja enhebrada en medio del desierto. La clava en la arena y se aleja. Acabada la travesía, lo recibe su hermano en casa y le limpia los ojos con un pincel. La mujer de su hermano le cose el traje y los lazos de las botas. El hombre señala hacia el oeste. La mujer de su hermano retrasa la entrega de las botas y el traje. Pierde cada tarde una aguja, hasta la última.

DOS. A mi mujer nunca le sale sangre cuando se pincha con una aguja. Yo, en cambio.

VEINTINUEVE

UNO. Un hombre echa fuego por la boca. Durante el día, duerme envuelto entre desparrramadas hojas de tabaco. Las gentes le llaman para contener riadas y para proteger los partos. Echa fuego desde que le salieron los segundos dientes. No descansa ni una noche. En una libreta de papel rayado calcula los pies de mujer que hubiera podido calentar de nacer en otro tiempo.

DOS. Sé que hay un hombre muy lejos de aquí que apunta en una libreta a todas las mujeres que no ha amado. Soy feliz.

CUARENTA Y CINCO

UNO. Un hombre vive encima de un árbol. Su madre lo parió en un nido y a las treinta horas lo abandonó; bajó a seducir al leñador antes de que éste comenzara su tarea. El hombre oye todas las noches a su madre hacer el amor al pie del árbol. Es su canción de cuna. Duerme feliz, pensando que las hojas de las ramas altas son estrellas.

DOS. Aquella mujer, con la boca de pájaro, con las piernas de pájaro, con la mirada de pájaro. Y se reía. Los pájaros no se ríen.

CINCUENTA Y OCHO

UNO. Un hombre corta en dos mitades el mapa de un océano al mismo tiempo que silba una canción de despedida. Lo hace a mano y repite la tarea con cada una de las dos mitades, y luego, con cada una de las nuevas cuatro partes, y así hasta que cada fragmento del mapa del océano tiene el grosor de un pelo de tigre. Elige uno de los pelos del océano y lo pega sobre un mapa idéntico al que cortó cuando empezó todo. Como con eso ya tiene suficiente, sopla para que el resto de los pelos del tigre se confundan con el agua. Sopla hacia proa.

DOS. Desde pequeño buscaba ponerse a prueba. Eso me dijo. Y que me pagaría a cambio de que no le tocara.

SESENTA Y CINCO

UNO. Un hombre escucha el monólogo de un ave insomne. La función continua de la tarde le ha dejado sin fuerzas. Se apoya sobre una silla de fantasía mientras hace sitio en la gemela para reposar el conejo y el sombrero. Las ventanas están abiertas porque el aire es irrespirable. El conejo le da la espalda al sombrero y se abandona a un sueño profundo. El hombre se asoma y busca entre la oscuridad al ave que canta. En el camerino contiguo, una de las chicas que actúan en el número final se recorta con detalle los pelos del pubis. En las pausas del pájaro se oye el abrazo de las tijeras.

DOS. Salía a escena con un enorme conejo, un conejo imposible por su tamaño y su paciencia. Lo enseñaba al público por todos los lados, para que la sala comprobara que el animal no escondía nada entre las patas. Paraba la música. Agarraba cada oreja del conejo con cada una de sus manos. El silencio era absoluto. En ese preciso momento el conejo abría la boca como si fuera a bostezar empujado por la monotonía reinante, y aprovechaba el hueco para escupir un sombrero que, si bien no era de tamaño natural, tenía unas dimensiones dignas del respeto de cualquier faringe.

SETENTA Y CINCO

UNO. Un hombre entra sin pesar en la habitación que hay nada más subir las escaleras. Se ha acercado hasta allí porque tiene ganas de estar en un sitio cerrado. Dentro de la habitación hay una mujer algo desnuda, un perro, y un tapiz de un apóstol conduciendo a unas ovejas, quizás dejándose llevar por ellas. El hombre pasa unos días sin salir de allí. No se aburre: acaricia a la mujer y al perro, o les dice cosas. Palabras sueltas, poca cosa para tanto tiempo.

DOS. Se fue sin pagar. Todos los que le hacen caso al perro se van sin pagar. Terminarán por obligarme a elegir.

SETENTA Y OCHO

UNO. Un hombre, cuando tiene frío, enciende una hoguera; cuando tiene calor, sopla, la apaga. Al poco tiempo, vuelve a encender la hoguera; mete las manos dentro del fuego y ve desaparecer las diez uñas. Sin sacarlas, vuelve a soplar, la apaga. La fatiga del frío le lleva, por tercera vez, a quemar lo que queda de su casa. Ahora, pone los pies sobre el fuego hasta que arden otras diez uñas. Vuelve a soplar, pero sólo sirve para avivar las llamas.

DOS. Salía muy poco. No tenía amigos. Alguna tarde se acercaba, silencioso, a la taberna, pedía una botella llena y un vaso. Pagaba, se dejaba caer en un banco, y miraba fijamente a la botella y al vaso. Pues bien, jamás le vimos beber un sorbo.

OCHENTA

UNO. Un hombre que vive en un ático tiene que elegir entre no querer a quien le quiere y querer a quien no le quiere. En la calle, alguien espera. El hombre baja andando hasta el portal y pregunta a quien espera cuánto tiempo ha pasado.

DOS. Me resulta difícil aceptar que las cuentas atrás comiencen siempre en diez o en tres, y mucho más que se pronuncie el cero. Eso hace un total de once y cuatro, respectivamente.

OCHENTA Y UNO

UNO. Un hombre no atraviesa los cuerpos sólidos, es un hombre cualquiera. Se da golpes contra las calientes paredes de una fragua, y como ve que sigue en el mismo lado, llora y maldice su suerte y se acuerda de su amada. Es un hombre que tiene el alma en el mismo centro de su cuerpo; un alma pequeñita, insignificante, aturdida por tanto golpe.

DOS. Lo abandoné. No me llenaba. Ni siquiera tenía el carácter de un puente. Nunca fuimos a ningún lado.

OCHENTA Y CINCO

UNO. Un hombre pinta sobre un lienzo un pescado. El retrato final del animal presenta alguna diferencia respecto a lo que pudo haber sido

el modelo: la cabeza es demasiado grande para ese cuerpo, y los ojos pertenecen a una clase distinta de pez de las representadas en la cabeza y el cuerpo. El hombre cuelga el cuadro en un extremo del pasillo que hace esquina con la puerta de la cocina, un sitio de paso y con muy poca luz.

DOS. En la Academia nos obligaban a conocer las causas escondidas de las diferentes formas naturales; así pude aprender que algunas plantas para proteger la belleza de sus flores dejan crecer en su tallo poderosas espinas.

OCHENTA Y SEIS

UNO. Un hombre llega con una familia muy reducida hasta lo alto de un cerro, la noche está estrellada. Los adornos que cuelgan de los cuellos y las muñecas de los familiares parecerían de plata si alguien los mirase. Han subido hasta allí para estar más cerca del cielo, y lo único que hacen es reírse enseñando todos los dientes.

DOS. Con lo despejado que estaba y qué tormenta se preparó en un momento. Este agua va a arrastrar mucha tierra.

